

ROMANO GUARDINI

EL COMIENZO  
DE TODAS LAS COSAS

MEDITACIONES SOBRE GÉNESIS, CAPÍTULOS 1-3

---

DESLÉE DE BROUWER

BILBAO - 2013

# ÍNDICE

---

NOTA PRELIMINAR . . . . .	11
LA PREGUNTA POR EL COMIENZO . . . . .	13
CREAR Y SER CREADO . . . . .	23
EL PRIMER RELATO DE LA CREACIÓN Y EL DÍA DEL SEÑOR . . . . .	33
EL SEGUNDO RELATO DE LA CREACIÓN Y EL ORDENAMIENTO DEL MATRIMONIO . . . . .	47
EL PARAÍSO . . . . .	55
EL ÁRBOL DEL CONOCIMIENTO DEL BIEN Y DEL MAL . . . .	65
TENTACIÓN Y PECADO . . . . .	75
RENDICIÓN DE CUENTAS Y PÉRDIDA DEL PARAÍSO . . . . .	85
LA MUERTE . . . . .	97
EL TRASTORNO DE LA OBRA DEL HOMBRE . . . . .	111
EL TRASTORNO DE LA RELACIÓN ENTRE LOS SEXOS . . . . .	121
PÉRDIDA Y PROMESA . . . . .	135

## NOTA PRELIMINAR

---

A veces, en horas de reflexión, se presenta con nitidez ante nuestra consciencia una pregunta que, sin embargo, habla en nuestro interior de forma suave, recóndita, constante: ¿Qué sucede conmigo? ¿Por qué soy como soy, y no de otro modo? ¿Por qué existo, absolutamente hablando? ¿Dónde está mi «fundamento»? En efecto, por más seguro que esté de que existo y de que tengo estas y aquellas cualidades, tan seguro estoy también de que yo mismo no puedo ser el fundamento de mi ser y comprender.

Demasiado raras veces nos acordamos de que en la Sagrada Escritura se encuentra el acta de nuestra existencia: una doctrina de la existencia en pocas páginas, a saber, los tres primeros capítulos del Génesis, doctrina cuyo desarrollo prosigue después, en la carta del apóstol Pablo a los Romanos.

De estos tres capítulos se ha de hablar aquí. No será con los medios de la exégesis filológica e histórica –para los problemas planteados por esta última se remitirá a la bibliografía especializada–. Antes bien, se los interrogará en cuanto palabra de Dios, en la confianza de que ellos dan respuesta al que pregunta con fe, una respuesta a

través de la cual él puede comprenderse a sí mismo y comprender su enigmático camino en esta tierra.<sup>1</sup>

---

1. Las notas a pie de página de esta edición son notas del traductor. Para esta traducción al español se utiliza como base el texto bíblico publicado en *Sagrada Biblia*. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2011 (en adelante BCEE). En algún caso se han introducido leves modificaciones o agregados, necesarios para guardar la correspondencia con la interpretación de Guardini. En tales casos, se advierte al respecto en nota.

## LA PREGUNTA POR EL COMIENZO

---

«Génesis» significa origen. El libro del Antiguo Testamento que lleva este nombre dice en sus tres primeros capítulos cómo comenzó todo: el mundo, el hombre, la historia, la culpa y la salvación. De este modo, sienta las bases de cuanto se seguirá anunciando en el curso de la Revelación.

Queremos seguir cuidadosamente lo que dice el Génesis. No queremos atenuar nada ni adaptar nada a las opiniones de la época y del día, sino traer a nuestra conciencia el mensaje sagrado en su exacta literalidad. Por otro lado, sin embargo, no queremos quedarnos tampoco en la mera literalidad, sino penetrar en aquella hondura desde la cual –y solo desde la cual– se esclarecerá realmente su sentido.

¡Y qué importante es que escuchemos aquí de forma correcta y comprendamos vivamente! En efecto, la pregunta por el comienzo con el cual se inició todo acontecimiento es una de las preguntas primordiales que el hombre se plantea. Esta pregunta se funda en su esencia. El hombre se encuentra con las cosas y quiere saber, primeramente: ¿qué es esto? Pero, inmediatamente después, se pregunta: ¿de dónde proviene esto? ¿Qué había antes? ¿Y qué había, a su vez, antes de esto último? Y así, retrocediendo cada vez más hasta llegar a la pregunta

primordial: ¿Qué fue lo primero? ¿De dónde procede todo lo posterior?

Si nos encontramos junto a un río, nos ponemos a pensar: ¿de dónde vendrá? Y sería una instrucción acerca de la forma en que llegan a ser y subsisten, en general, las cosas de nuestro mundo si remontáramos progresivamente el río caminando junto a la orilla y viéramos cómo se va haciendo cada vez más angosto y débil, hasta llegar a su fuente. Allí experimentaríamos un peculiar reposo: ¡aquí comienza! Aquí mana lo que, más tarde, por un largo camino, creciendo cada vez más, conduce hasta aquel otro lugar determinante para él: su desembocadura en el mar. Y percibiríamos la fuente como un símbolo de la «fuente» sin más, de la *archē*, del comienzo primordial.

La pregunta por lo primero, por el comienzo, puede encararse con diferentes intenciones y de diferentes maneras.

Se lo puede hacer de forma científico-natural. Por ejemplo, se parte de la abundancia de formas orgánicas con las que nos encontramos en el mundo, y se investiga cómo se han originado. Se persigue el surgimiento de sus formas y los grados de su jerarquía vital, para llegar finalmente a una primera que será «la fuente» de todas las posteriores. En ella, el espíritu experimenta aquel reposo que lo primero y originario concede al investigador que ha descubierto la articulación interna de un proceso de surgimiento. Pero, pronto, el investigador se sentirá impulsado a seguir adelante y querrá saber cómo se ha originado la primera vida, y la Tierra misma, y el universo...

La pregunta podría aplicarse también a la historia, a las diferentes manifestaciones económicas, políticas y culturales que se han dado, queriendo saber cómo era antes, y antes, y así siguiendo hacia el pasado, hasta lle-

gar a los primeros testimonios de existencia histórica que puedan alcanzarse. Si lograra llegar realmente a un primer comienzo, encontraría allí aquel reposo especial del cual hablamos más arriba.

Pero puede iniciar su búsqueda también de otra manera, guiado no tanto por la sed de saber del entendimiento como por el ansia del hombre individual que quiere comprender su propia existencia. Así lo hace cada cual cuando, pasado el tiempo del avance impetuoso, siente la necesidad de mirar hacia el pasado, de comprender las interrelaciones de su vida y, tal vez, de contar a otros cómo se han dado las cosas. También él busca una fuente, la suya propia. Siente el transcurrir de su existencia y se cerciora de su propio comienzo: atravesando los tiempos del trabajo y de las luchas, procura regresar a la juventud, y, más allá de ella, hasta la infancia, y alcanzaría por completo lo que quiere si pudiese comprender cómo se originó él a partir de la vida de sus padres y del hálito creador de Dios. Allí estaría íntimamente cierto de sí mismo.

Una pregunta de este tipo es la que obtiene respuesta de la Revelación. Tal respuesta no tiene ninguna relación inmediata con ciencia. Algunas personas que viven en la actualidad recuerdan todavía cuántos esfuerzos se hicieron hasta comienzos de este siglo para mostrar que el relato de la creación coincide con los resultados de la ciencia. Era un trabajo de Sísifo, pues la enseñanza del Génesis acerca del comienzo no tiene que ver con las ciencias naturales ni con la protohistoria. Se dirige más bien al hombre que se pregunta, con ánimo piadoso: ¿Dónde mana la fuente de mi existencia? ¿Quién soy yo? ¿Qué se quiere de mí? ¿Desde dónde he de comprender mi pequeña vida? ¿Y la larga historia de la humanidad; el

camino que ha seguido; el oscuro enredo de sus interrelaciones; la esperanza en una salvación, de la que el curso de las cosas meramente terrenas no da garantía alguna?

Intentemos remontar de este modo, al comienzo de nuestras reflexiones, el camino hacia la fuente tal como nos lo muestra la Revelación. Por supuesto, hemos de recorrerlo a grandes zancadas, entre las cuales sigue habiendo mucha oscuridad.

Imaginémonos que en tiempos de Cristo hubiese llegado alguien a Jerusalén y hubiese preguntado: «¿Qué es lo más importante de vuestra ciudad?». Le habrían respondido: «El templo». Él habría preguntado, entonces: «Pero ¿por qué?». Su interlocutor le habría respondido, tal vez, lo que dijeron los apóstoles cuando salieron con Jesús del templo: «Mira qué piedras y qué edificaciones» (Mc 13,1). En efecto, el templo, edificado por Herodes, era una obra suntuosa. Pero esta no habría sido todavía propiamente la respuesta, sino la que sigue: «El templo es la casa de Dios, el lugar de la santa morada...». Pero el hombre, en su ansia de saber, habría seguido preguntando:

—¿Ha estado el templo siempre ahí?

—No. Lo construyó Herodes en lugar del modesto templo anterior que había logrado construir nuestro pueblo cuando regresó de la cautividad en Babilonia. Y antes de ese hubo otro, el primero, más espléndido, erigido por Salomón, el tercer rey, hace casi mil años.

El forastero sigue indagando:

—¿Ha estado vuestro pueblo siempre en este país?

—No, no. Llegamos de Egipto hace casi mil quinientos años. Allá tuvimos que vivir largo tiempo en la esclavitud. Pero, después, Dios envió a un hombre que se lla-



maba Moisés y era poderoso y sabio. Gracias a él, Dios nos liberó y selló con nosotros una alianza santa por la que él quería ser nuestro Dios y nosotros debíamos ser su pueblo. Así, Moisés nos condujo hacia aquí a través del desierto. Pero Dios marchó con nosotros. ¡Si hubiésemos cumplido la alianza! Pero cometimos infidelidades, una tras otra, y eso provocó una desgracia tras otra.

Pero el indagador no está aún satisfecho e insiste:

—¿Y, antes, habíais estado siempre en Egipto?

—No, nuestros ancestros fueron para allá en tiempos de la gran hambruna, cuando todavía eran pocos. Después, permanecieron allá, primeramente en paz, y después en dura esclavitud.

—¿Y quién fue vuestro primer ancestro?

—Fue Abrahán. Su patria era Ur, en Caldea. Pero Dios lo llamó y le prometió que llegaría a ser un gran pueblo. Este pueblo debía ser pueblo de Dios y, a través de él, Dios iba a llevar a cabo su voluntad de salvación. Y ese pueblo somos nosotros.

—¿Pero, qué hubo antes de Abrahán?

—Aquel fue el oscuro tiempo en que el torrente de la salvación solo seguía deslizándose como un hilo delgado, oprimido por la lejanía de Dios que es la culpa.

—Dices culpa. ¿Qué culpa?

—La culpa de los primeros hombres, que traicionaron la confianza de Dios e intentaron hacerse a sí mismos señores de la existencia.

—Y los primeros hombres, ¿cómo se originaron?

—Dios los creó en la magnificencia de su imagen y semejanza, como varón y mujer, a partir de la tierra del

campo y del hálito de su boca. Les confió el mundo, y todo estaba en la paz del primer amor. Todo estaba sometido a los hombres, pero ellos servían a Dios, y esto era el paraíso. Pero la culpa lo destruyó.

—¿Y la tierra? ¿Y el cielo, y todas las cosas que hay entre el cielo y la tierra? ¿De dónde han venido?

—Dios los creó. Lo hizo gloriosamente. No necesitó a nadie que le ayudara, ni tampoco tuvo que buscar materia para ello, ni necesitó un modelo. Su sabiduría lo ideó todo. Él lo mandó, y se hizo.

Así, el camino de las preguntas lleva a remontarse hasta el comienzo de todas las cosas. El primer capítulo de la Sagrada Escritura cuenta cómo se llevó a cabo este comienzo. El relato es un himno, un poema didáctico que describe, mediante la imagen de una semana, cómo el maestro de obras divino trae a la existencia el mundo, con sabiduría, poder y cuidado amoroso, en seis días de trabajo, hasta «descansar» en el séptimo día. Primeramente, crea la plenitud primordial, que bulle informe. Después, los grandes órdenes y las grandes formas: la luz en su alternancia de día y noche; el espacio de las alturas con los acontecimientos meteorológicos y los de la tierra, donde el hombre habrá de llevar su vida; la articulación del ámbito de la tierra en suelo seco y mar; el crecimiento de las plantas con su variedad; los astros y sus leyes; el mundo de los animales acuáticos, aéreos y terrestres; finalmente, el hombre, que es imagen viva de Dios y que, por eso, está destinado a dominar el mundo. Pero el relato en su conjunto está dominado y presidido por la frase: «Al principio creó Dios el cielo y la tierra», expresión bíblica para significar el universo. Para el devenir de las formas y los órdenes se dice, a cada paso: «hizo Dios»,

una palabra que designa, por así decirlo, la labor manual de Dios; pero, para el primer comienzo, se dice: «creó Dios». Ningún ser humano comprende lo que esta palabra significa: es el misterio primordial. Allí tiene lugar el comienzo sin más.

Pero la referencia a la culpa habría tocado el corazón del que pregunta, y querría saber acerca del otro comienzo, el segundo y malo, no contenido en el primero –el que surgió puro y bueno por gracia de Dios creador–. Por eso, seguiría indagando.

«Dices que Dios creó al hombre: ¿era como es hoy? ¿Lleno de todo tipo de avaricia, mentira, odio y violencia?». «Ciertamente no», sería la respuesta, «sino que, en este largo camino hacia el primer comienzo, hay un punto donde casi habría llegado el fin. En efecto, el hombre no debía vivir como viven la planta o el animal, sino que su vida debía darse en libertad. Pero la libertad se prueba en la decisión. Así pues, Dios le impuso una decisión de la que dependería su destino. En la figura del paraíso le entregó el mundo. En virtud del señorío que implicaba su condición de imagen de Dios, el hombre debía “guardar y cultivar” el mundo. Y, en un signo, el árbol del conocimiento, debía manifestar si estaba dispuesto a hacerlo en verdad y en obediencia. Pero el hombre dio crédito a la mentira del tentador y reivindicó para sí la condición de dios.

»Este fue el segundo comienzo, el malo, y podría haberse convertido inmediatamente en el fin. En efecto, Dios había amenazado al hombre diciéndole: “Si coméis de este árbol, moriréis”. De modo que, en realidad, los hombres tendrían que haber sucumbido a su pecado. Pues el hombre puro, el originario e incólume, no puede

cargar una culpa semejante sobre sí y seguir viviendo: esto es lo que podemos nosotros, contaminados por el pecado. El hombre originario muere en esta situación. Pero Dios le permitió seguir viviendo y, de ese modo, se inauguró un nuevo comienzo bueno: el segundo de parte de Dios, el comienzo de la salvación. Que el hombre no haya muerto a causa de su culpa fue ya salvación, y esta salvación siguió actuando a través de todo lo terrible que ocasionó aquella culpa».

Allí se encuentra, pues, el comienzo desde el cual puedo comprenderme a mí mismo y comprender también a mis hermanos en la condición humana, así como el mundo en su ser y su sentido. La voluntad de Dios de que yo sea, la intención creadora que él dirigió hacia mi ser: ese es mi principio. En la medida en que yo comprenda – aunque, en verdad, no puede hablarse aquí de «comprender»–; digamos, mejor, en la medida en que me arraigue en el misterio de esta manifestación, mi vida encuentra su sentido.

Los enigmas, los problemas están para ser resueltos. Una vez resueltos, desaparecen. Aquí no se trata de un enigma, sino de un misterio. Y el misterio es una medida superabundante de verdad, una verdad mayor que nuestras fuerzas. El misterio no está para que el hombre lo resuelva y, de ese modo, lo haga desaparecer, sino para que el hombre se ponga en concordancia con él, respire en él, eche raíces en él. Las raíces de mi ser se encuentran en el bienaventurado misterio de que Dios ha querido que yo sea. ¿Y por qué lo ha querido? ¿Qué obtiene él, el infinitamente rico, de que nosotros, seres finitos, existamos? Una vez más, nos encontramos con el misterio, y la Escritura nos dice que esto está «bien», y lo llamará «amor».